

ALFAGUARA

Ana Clavel

El amor es hambre





El amor es hambre

Bajo su aspecto más elemental, el amor se relaciona directamente con la ingestión de alimentos. Se trata de una especie de hambre común a todo ser viviente, dirigida hacia un semejante que no es del todo idéntico y que le ofrece la misteriosa sugestión de lo desconocido.

JEAN ROSTAND



Primera parte

I

Una vez fui un ángel y como todo ángel fui también un demonio de pureza. Una pequeña fiera sin contemplaciones: mis garras eran diminutas lo mismo que mis alas pero sabía hincarlas o agitarlas sin medir consecuencias. Sólo yo y la inmediatez de mi deseo.

Como todo bicho empecé desde pequeña. Tuve un nacimiento feliz en el seno de una familia amorosa. Entonces habían pasado de moda las familias grandes. Los hombres ya no tenían la obligación de demostrar su virilidad con el número de hijos ni con la primogenitura de un varón, así que papá se quedó satisfecho cuando mamá me dio a luz. Por su parte, mi madre se sintió fascinada de tener su propia muñeca de carne y hueso a la que vestir con flores y listones, sin tener que descuidar su profesión de bióloga. Desde que tengo memoria, una de las primeras frases que le recuerdo decir a Camila, mi madre, hechizada por mi inocencia, fue:

—Pero mira qué ojos más grandes tiene esta niña...

A lo que Joaquín, mi padre, solía replicar alargando la boca como un lobo embozado:

—Son para *comernos* mejor.

No sé si se daban cuenta entonces o sólo era parte de un juego, pero sellaban mi destino al trastocar así los mundos y los sentidos: ver y comer intercambiaban sus lugares, los ojos y la boca se entremezclaban. Comer con los ojos, alimentarse con la mirada. Ver con los labios, conocer

con la boca. Los dos principios voraces que han dirigido mi merodear por los bosques y las ciudades, cargada con mi canasta de deseos y apetitos.

II

No de manera deliberada, pero mis padres se esmeraron en afianzar esos aprendizajes carnales al prolongar su luna de miel más allá de mi nacimiento y mi primera infancia. Cuando Joaquín no estaba atendiendo su fábrica de envases plásticos o Camila en un congreso, eran frecuentes las escenas de un paraíso terrenal ya fuera en la casa de la Ciudad de México o en la de descanso en Tepoztlán, tal y como debieron de comportarse Eva y Adán al descubrirse subyugados por una voz que no era la de Dios Padre, sino un susurro proveniente de su interior que les abismaba la piel, que murmuraba oleajes y tumbos en sus corazones y entrañas. Qué pronto descubrió aquel Adán, contemplando las redondeces apetecibles de su amada, que su Eva era la verdadera manzana. Qué pronto comprendió Camila que el fruto más succulento estaba en el huerto cerrado del cuerpo de su marido. Tal vez por eso, para andar a sus anchas, aunque en ambas casas había amplios cuartos de servicio, prefirieron siempre la ayuda doméstica estrictamente necesaria. Mucamas, cocineras, choferes, jardineros, eran contratados según un horario riguroso de entrada por salida y sólo en determinados días de la semana. Y en algunas temporadas, argumentando que las labores manuales fortalecían el cuerpo y el espíritu, papá se hacía cargo de podar los árboles frutales y mantener el jardín, lo mismo que mi madre mandaba de vacaciones a la cocinera y se ponía al frente

de la espaciosa cocina con mosaicos de talavera, construida a imitación de las de la época colonial, y donde era una delicia para la mirada descubrir en una mesa central la variedad de chiles y pimientos, jitomates, guanábanas, huevos, rábanos, aves, calabazas, zapotes, carambolos, pescados, sandías, aguacates, carnes succulentas, acelgas, varas de canela y ramos de epazote embriagador.

Muchas veces he pensado que la memoria se parece a una pantalla de cine donde se proyecta una película que, según las circunstancias, editamos, ampliamos y corregimos para entender o reafirmar el confuso presente. Entre mis primeros recuerdos está el de verme trepada en un banquito colocado por Camila para que jugara a armar muñecos con las frutas, viandas y verduras. Por supuesto, yo aprovechaba para reventar sus pieles turgentes entre mis manos, para macerar sus carnes impúdicas y probar sus sabores terrenales mientras ella se hacía cargo del menú del día. Así surgieron la señora Codorniz con capulines como aretes y un collar de uvas en el ombligo, o el señor Lenguado con entraña de ciruelas y cola con aros de pepino. Supongo que fue ahí donde comenzó a urdirse mi afición por la comida, o al menos eso es lo que respondí la última vez que me entrevistaron en la televisión para conocer un poco más de lo que los especialistas han llamado mi salvaje y delicado “toque carnal”.

Pero muchas veces mamá no terminaba de hacer la comida, asaltada por mi padre. Tanta era la urgencia de sus cuerpos, el hambre y la sed por devorarse, que apenas les daba tiempo de colocarme en el cuarto de juguetes o ponerme una película infantil para dejarme entretenida. Y se amaban en plena sala, en la cocina o el comedor, en las escaleras. Lo atestigüé numerosas veces porque, apenas pude valerme por mí misma, dejé los juguetes y las películas para seguirlos, para situarme en la sombra y comerme con los ojos ese manjar salvaje y dulce de sus cuerpos entrelazados. La entrega voraz de mamá, la fiereza sutil de mi pa-

dre. Se encabalgaban con ese poderío del que se sabe esclavo de su goce. Y como se ponían al borde del placer y el dolor, y jadeaban, aullaban, gruñían como las dos bestezuelas que en realidad eran, al principio temí por sus vidas. Si bien se apareaban en un frenesí animal que algo tenía de sublime, terminé por intuir que sus besos eran verdadera hambre, mordidas de éxtasis arrancadas a algo tan oscuro y desconocido como el presagio de la muerte. Lo mismo los que se prodigaban al juntar sus bocas, que al beber Camila en el mástil de papá, o al abreviar Joaquín en esos otros labios ocultos de mi madre. Al final, sus cuerpos rendidos uno sobre otro, recobrándose después del furor, eran en sí mismos los labios de una gran boca que manaba en su reciente sosiego resabios del paraíso. Y yo miraba que esa boca sonreía plena y exhausta.

III

Hubo un día que marcó el principio del placer, que hincó sus dientecillos dulces y feroces en la piel de la memoria. Ahora que me he decidido a escribir este cuaderno y la pluma se desliza como una confesión inesperada, o la punta de un hilo para aventurarse en el bosque sin perderse del todo, supongo que puedo ser despiadadamente voluntariosa y franca. Máxime que el destinatario de esta enramada de escritura y deseos tal vez no llegue a leerla. Pero puedo írsela leyendo yo, del mismo modo que él me leía de niña. Miro a Rodolfo convaleciente, conectado a tubos en su cama de hospital y lo imagino como un embrión en el vientre de una madre misteriosa, en un estado de latencia semejante a la semilla que duerme y espera para germinar en otro cuerpo. O al menos, es lo que deseo creer.

Decía de un momento que hincó sus dientecillos de placer. Joaquín y Camila celebraban algo, aunque para el os estar juntos pudiera ser suficiente motivo. Yo era más pequeña todavía que en las ocasiones en que me paraba en mi banquito de la cocina para jugar y acompañar a mamá. El recuerdo es impreciso y tal vez en gran medida inventado, pero ¿qué memoria no es una creación personal? Camila preparaba un pastel, una especie de savarín con almíbar abundante. A mí me había dejado recostada en una gran manta en el suelo, rodeada de almohadones. Hacía calor y me tenía desnuda jugando con mi cuerpo y los soni-

dos con los que se derramaba en surtidor mi garganta. Terminó de preparar el pastel y decidió descansar a mi lado en lo que llegaba Joaquín. Pero papá se retrasaba, algún asunto en la fábrica lo entretenía. La cercanía de mamá, de su pecho oloroso todavía a leche y miel, me despertó esa ansiedad que desasosiega con el hambre. Me prendí a su blusa y ella entendió el mensaje. Se descubrió el pecho desbordante que había empezado a gotear apenas se supo requerido. Cuando llegó Joaquín, nos encontró a una en brazos de la otra, adormecidas por el sopor y el goce: yo por haber comido, ella por prodigarse. Entonces papá acercó el pastel y un cuenco donde Camila había depositado el resto del jarabe para seguir humedeciendo el postre. Llevó una rebanada recién mojada en el bol a los labios de mi madre y entre bocados y migajas comenzaron a amarse. Un aura de dicha y carnalidad se extendía en torno a ellos y me rozaba a mí también. Gorjeé porque esa alegría exultante se contagiaba por cada poro de la piel. Papá se detuvo de pronto para observar el remolino en que se batían mis manos y mis piernas, y acercó el cuenco de ambrosía. Cruzó una mirada con mi madre que, curiosa y cómplice, lo dejó hacer. Joaquín mojó un dedo en el cuenco, depositó unas gotas en mi boca y después comenzó a derramar el líquido espeso y cristalino sobre mi cuerpo. Luego, entre los dos, procedieron a lamer y a comerme literalmente a besos. Mamá diría después que mis ojos grandes crecían voraces en su éxtasis.

IV

Nadie tuvo que contarme de Caperucita y el lobo. Advertirme como a la pequeña niña: “Cuidado con los extraños” porque lo supe por cuenta propia. A los nueve años mi vida dio un giro inesperado. Para decirlo sin dilaciones, Joaquín y Camila se accidentaron en una carretera camino a Puerto Escondido. Allí habían ido a reencontrarse pues luego de años de casados por fin la hiel de la rutina había hecho mella en sus vidas. Para que nada los distrajera del sueño de recuperar su paraíso matrimonial, me encargaron con una pareja de amigos, que eran también mis padrinos de bautizo. No es que para mis padres fuera importante la cuestión religiosa, pero como muchos, cedían a los rituales heredados de sus familias casi como un compromiso social.

Después de leídas las disposiciones testamentarias, supe que Rodolfo y Mirna también serían mis tutores. Una noticia en absoluto extraña pues se trataba de los mejores amigos de mis padres, a quienes los abuelos y los tíos veían como una parte más de la familia. Como no tenían hijos, dispusieron que viviera con ellos en su casona de Coyoacán, así que la estancia temporal que se había programado para unas semanas, pasó a ser mi residencia permanente.

Por supuesto extrañaba a mis padres, pero si he de ser sincera, mis tutores se esmeraron por prodigarme atenciones para que el trago fuera menos amargo. Mirna también era bióloga como mi madre, daba clases y trabajaba en el jardín botánico al sur de la ciudad y tenía pasión por las plantas carnívoras. De hecho, en una terraza interior de la casona había creado un hábitat completo con sus preferidas. Aprendí a conocerlas y a cuidarlas: en primer lugar, varias droseras o “rocío de sol”, llamadas así por

las gotas viscosas que secretan para atraer a sus presas. (Cuando Mirna me presentó su ejemplar de *Drosera rotundifolia*, me dijo que fue la que despertó en Darwin la pasión por las plantas insectívoras, a las que calificó de verdaderos "animales disfrazados", y causa también del tratado que sobre las mismas publicó en 1875, después de quince años de investigaciones.) También tenía diversas byblis o "arco iris" por las puntas iridiscentes de sus pilosidades asesinas; la muy difícil de cultivar *Darlingtonia californica*, mejor conocida como "Lily Cobra", sólo reservada para coleccionistas experimentados, pero fascinante por su apariencia de serpiente cobra a punto del ataque; varios tipos de pinguicula con sus hojas carnosas en roseta, y mi predilecta, la *Dionaea muscipula*, mejor conocida como la "Venus atrapamoscas".

Una vez que me enseñó a cuidarlas, Mirna se podía olvidar de mí mientras les prodigaba los cuidados de humedad y tierra especial como el musgo molido canadiense, adicionado con perlita o agrolita para su crecimiento, pero también porque me podía pasar horas observándolas, mirándolas fingirse inertes y dormidas hasta que un insecto, atraído por las delicias de sus néctares, se posaba entre sus hojas o tallos aterciopelados.



Decía que la Venus era mi consentida, porque algo de un misterio cárdeno se me revelaba entre sus valvas carnosas, la su-

culenta labia de un sexo secreto que se ofrecía sin recato. El hecho de que en sus bordes hubiera una suerte de púas o pestañas que se entrelazaban cuando la anhelada presa se paseaba en el interior de la vulva rosácea, provocando un espasmo de gula, no hacía sino acentuar el horror y la fascinación que esa boca lúbrica y vegetal me despertaba.

V

En una ocasión en que estaba absorta por el regalo de catarinas que había atrapado para ellas en el jardín del frente, a la espera de que sus cuerpecitos rojos caminaran hasta los cuencos dentados, percibí un movimiento a mis espaldas. Decidí no hacer caso porque en ese momento una de las catarinas se acercaba peligrosamente a la trampa mortal expectante. La Venus era tan veloz cuando tenía la certeza de que no era sólo aire lo que ondulaba sus vasos espirales, que no podía perderla de vista. Y sucedió en un brevísimo instante: el engullimiento de la catarina y el rostro de Rodolfo a mi lado.

—Artemisa, tú comes con los ojos... —dijo hipnotizado y acercó el borde de su índice a las pestañas de mi ojo izquierdo. Por supuesto, sentí cosquillas y reí. Entonces tocó mis labios. Sentí cosquillas de nuevo pero también placer. Jugué a que su dedo era un insecto alargado y abrí mis pequeñas fauces. Él se dejó atrapar. Con su dedo en la boca procedí a succionar y a digerir a mi presa, como le había visto hacer a la Venus. En respuesta, mi tutor me miró con una dulzura que rayaba en el desvanecimiento, como si le estuviera chupando los jugos y las fuerzas de verdad. Entonces sentí miedo y me aparté. Él se recompuso. Extrajo del bolsillo del pantalón una paleta en forma de corazón y me la extendió.